

ROMERO, J.M.: *Tao. Las enseñanzas del sabio oculto*.  
Barcelona: Kairós, 2013. 139 páginas.  
ISBN: 978-84-9988-179-9<sup>1</sup>

Jesús Fernández-Muñoz  
Universidad de Sevilla (España)

---

En el presente libro, su autor, J.M. Romero, un reputado estudioso de las culturas de la India y el Extremo Oriente, acerca a los interesados en el Taoísmo esta sabiduría profundísima a la realidad de la vida cotidiana. Y es que, sin duda, lo que más puede sorprender es la vigencia de la filosofía taoísta en los tiempos actuales. Una filosofía taoísta que surge –como toda *filosofía fundamental*– en tiempos de *crisis* social, económica y política (Cfr. p. 111).

El libro se divide en los siguientes capítulos principales: “La crisis y el yinshi”; “Del Bien y el Mal, y qué hacer con ellos”; “Nadie llegó para quedarse, pero todo permanece”; “Esa falacia de la igualdad que nos pierde”; “El efecto nocivo de las palabras”; “Quédese el poder para usted, gracias”; “De la filosofía a la religión, o la perversión del taoísmo”.

Esta obra, como su propio autor explicita, se fundamenta en los tres libros canónicos del taoísmo: el *Tao Te Ching* o *Laozi*, el *Zhuangzi* y el *Liezi*. Además, tiene muy en cuenta el *I Ching* (*Libro de los cambios*).

A partir el año -711, tras el magnífico del rey You de Zhou, da comienzo un periodo de crisis que se alarga cinco siglos. Es decir, quinientos años donde no hay manera de conseguir una mínima estabilidad. En concreto, lo que tiene lugar es un colapso del “sistema antiguo”. Específicamente, “a finales del período de Primavera y Otoño (-711 a -479) y el subsiguiente período de los Reinos Combatientes (-479 a -221)” (p. 12) fue cuando más aguda era la crisis y, además, emergieron una serie de pensadores que aportaban recetas para la salida de esa crisis. Ese movimiento es conocido como el de las Cien Escuelas Filosóficas. “Es el período del *Tao Te Ching*, el *Zhuangzi* y el *Liezi*, y también de Confucio y Mencio” (Ídem). Precisamente, de entre todas las “salidas pro-

---

[1] Agradezco la cortesía de la Editorial Kairós por enviar a *Thémata. Revista de Filosofía* en la primavera pasada (mayo 2013) esta novedad bibliográfica.

puestas” hubo dos principales que fructificaron enormemente y fue el taoísmo y el confucianismo. También hay que destacar el budismo –que llegó del extranjero– y la ancestral religión popular.

En particular, el confucianismo proponía un sistema ético-político-social con una organización muy cuidada, modelo que no es complicado de comprender para los occidentales. Sin embargo, el taoísmo (*yinshi*) optaba por la *contemplación*.

El aprendizaje del *yinshi* (sabio oculto) resulta casi imposible por la vía de la razón, una herramienta *sacro-santa* para la ciencia pero que, sin embargo, es tan limitada como la fuerza física. Por eso el *yinshi* “prioriza el cultivo de la intuición frente al pensamiento. Y, en lugar de atiborrarse de conocimiento, escoge vaciarse” (p. 15).

El *yinshi* se entiende como el camino del Tao. “El Tao es el tesoro de los hombres buenos y el refugio de quienes no lo son; el Tao se mira pero no se ve, se escucha pero no se oye, se palpa pero no se siente; el Tao es vacío, pero inagotable; el Tao mora en la oscuridad del abismo, y es limpio como el agua cristalina; el Tao puede transmitirse, mas no recibirse, el Tao es principio y final, y el camino en sí mismo” (pp. 15-16).

El Tao, entonces, critica el diseño moral del confucianismo, ofrece un contraste muy claro ante aquel. Lo que pretende el *yinshi* es percibir la vida con una amplitud total, cósmica y, además, atender a lo más importante de la vida que son los sentimientos y las emociones que surgen de *nuestro* más profundo interior.

En aquellos tiempos, la filosofía de los taoístas no era comprendida por la mayor parte de la sociedad, por ende, tan singular postura fue muy marginada e, incluso, objeto de mofa.

Los *yinshi* taoístas critican duramente la Virtud (benevolencia) –piedra angular del confucianismo así como del cristianismo o el budismo–. En una época donde los enfrentamientos eran muy frecuentes, cada uno de los contrincantes esgrimía la bandera de la Virtud, de la benevolencia:

“Cuando el Tao ha sido abandonado  
aparece la benevolencia  
Cuando surge la inteligencia y la sabiduría  
aparece la hipocresía”  
*Tao Te Ching*, 18

“Eliminad a los sabios, desechad a los inteligentes, y un gran orden  
reinará en el mundo”  
Zhuangzi, Libro XI.

Por otro lado, cabe destacar que en China, desde muy antiguo, se empezó a desarrollar la *teoría de los opuestos complementarios* que más tarde se simbolizaría por los conceptos *Yin y Yang* (陰陽). Lo primordial era la energía, lo que se conoce como Wuji (無極), que es un símbolo blanco y, de ahí, surgen los opuestos: un conjunto que expresa el Taiji (太極). Cada una de las partes tiene en su interior un punto del otro color, es decir, tiene en su interior la simiente de lo totalmente otro.

Una serie de dualismos que ocurren desde la más simple observación: “macho-hembra”; “cielo-tierra”; etc., pero que “advertimos que en cada instante conviven una inmensidad de dualismos en movimiento, y en diversos grados de intensidad, lo cual multiplica las variantes y los matices hasta el infinito” (p. 22). La vida sin la tensión de los opuestos no es imaginable para el hombre.

Un *gran lío* es el que se crea con la cuestión del Bien y el Mal al igual que el viejo yinshi:

“Entre el sí y el no,  
¿qué diferencia existe?  
Entre el Bien y el Mal,  
¿cuál es la diferencia?”  
*Tao Te Ching, 20*

La realidad –sin duda– es muy compleja y, por otro lado, el Bien y el Mal, además, son elementos de una misma unidad, como el Yin y el Yang se definen mutuamente.

“El hombre superior no tiene Virtud  
y por ello precisamente la posee.  
El hombre de virtud inferior se aferra a la Virtud  
Y por ello precisamente carece de ella”  
*Tao Te Ching, 38*

La realidad no *sabe estarse quieta*, es decir, otro de los pilares básicos del taoísmo es la transformación constante. “En cada instante se reúnen variables tan múltiples e irrepetibles, y el conjunto es tan complejo e imprevisible que resulta inclasificable” (p. 42). Esto recuerda aquello que decía el viejo Heráclito de que “no es posible bañarse dos veces en el mismo río”.

Es palpable la gran –infinita– diversidad y variabilidad que se puede observar en los seres vivos cuando se combina la biología, la cultura y la experiencia personal. En ese caso, cada ser humano es único e irrepetible, cada hormiga y cada hoja de árbol. Es fascinante contemplar la realidad y, a la vez, maravillarse por la diversidad de formas existente. Una diversidad que, no obstante, en occidente desde la antigüedad griega, y sobre todo en el cristia-

nismo, la cultura es igualitaria: “todos somos hijos de Dios”. A este respecto comenta el autor que:

“No parece razonable, por ejemplo, brindar la misma consideración al obrero honrado y al haragán, al estudiante brillante y al incapaz, al empresario justo y al tiránico, al marido cariñoso y al desabrigado, a la persona pacífica y a la violenta. Igualar lo que no es igual ¿no es acaso una injusticia? ¿No es ello perjuicio del noble en beneficio del desaprensivo?” (p. 56).

En cualquier caso, ese, sin lugar a duda, es un tema de una actualidad e importancia candente y que, además, es objeto de numerosas discusiones. Lo que hay que tener en cuenta es que el Tao considera que la igualdad –en sentido general y simple– es una falacia “que nos pierde”.

Esa diversidad y diferencias de todo no quiere decir que no existan –o no deban existir– relaciones de los elementos singulares. De hecho, ningún elemento tiene sentido individualmente. Lo que perciben los taoístas es “una realidad caleidoscópica, única e irreplicable en cada instante, que incluye infinitos sistemas dinámicos, continuamente modificados entre sí, entrelazados en los espacios y los tiempos, y ante la que cualquier análisis racional supone una derrota anticipada” (p. 58). Lo importante son las relaciones-conexiones profundas de las cosas del mundo. En concreto, el mejor ejemplo para ilustrar el concepto de sistema complejo es el *I Ching* o *Libro de los cambios*.

Respecto a esta complejidad no se puede obviar el hecho de que, al contrario de lo que se suele decir, “hablando no siempre se entiende la gente”. La cantidad de etiquetas y clasificaciones que constantemente se ponen lo que hacen es encarcelar a las personas y provocar claras tergiversaciones de la realidad. Por ello, el yinshi advierte constantemente de lo inatrapable que es la realidad, la realidad se nos escapa como el agua en una canastilla de mimbre.

“El saber no es la erudición, el erudito nada sabe” se afirma en el último capítulo del *Tao Te Ching*. El conocimiento de una persona es ínfimo en comparación con el *todo*; siempre el hombre sabe muchísimo menos de lo que ignora.

“El sabio oculto, por definición, se esconde. Ni sermonea en templos, ni dirige rituales, ni adivina futuros, ni ofrece sus servicios por el ciberespacio. El sabio oculto se ofrece solo en la circunstancia apropiada. Quizá, incluso, sin palabras. Y, ciertamente, sin pedir nada a cambio” (p. 129).

Lo que en este interesante e introductorio libro se presenta es la filosofía taoísta *grosso modo*, es decir, desde una perspectiva introductoria y apta para todos los públicos. Con una escritura amable y con constante alusión a ejemplos ilustrativos de rigurosa actualidad. Un texto que pudiera servir de guía para principiantes y neófitos en la materia, para adentrarse, tras su lectura, a leer directamente los tres libros fundamentales del Tao.